

I

VIDA DE LUCRECIO

El informe más completo que tenemos sobre la vida de Lucrecio es la breve noticia tomada probablemente de Suetonio¹ que San Jerónimo intercaló en el *Chronicon* de Eusebio², al año 94 a. de J. C.: *T. Lucretius poeta nascitur, qui postea amatorio poculo in furorem uersus cum aliquot libros per interualla insaniae conscripsisset, quos postea Cicero emendauit, propria se manu interfecit anno aetatis XLIIII*. A despecho de su concisión, esta nota encierra un número considerable de informaciones que son del mayor interés. Más lo serían si pudiéramos estar seguros de su veracidad: pues su credibilidad es desigual, y por ello importa distinguir entre ellas. En primer lugar tenemos datos precisos acerca de la fecha del nacimiento del poeta (94 a. J. C.) y de la edad en que murió: 43 años cumplidos. Se nos facilita también un atisbo de lo que fue su vida: de creer a San Jerónimo, Lucre-

¹ Que Suetonio sea la fuente de San Jerónimo, ha sido puesto en duda por K. ZIEGLER, *Hermes*, 1936, p. 421.

² Ed. Helm, p. 149.

INTRODUCCIÓN

cio sufría de una especie u otra de perturbación mental, efecto, dice, de haber tomado un filtro amoroso; en el curso de una crisis, el poeta puso fin a su vida. Engarza con ello una indicación acerca del modo como fue compuesta su obra: Lucrecio la escribió en los intervalos de lucidez que le dejaba su dolencia, pero la dejó sin corregir y fue publicada póstumamente. Quedamos a oscuras en cuanto a la posición social y a las relaciones literarias del poeta: mas por lo visto debía estar en contacto con Cicerón o con su círculo, puesto que se atribuye al gran orador la «corrección» póstuma del poema.

En cuanto a las fechas extremas de la biografía lucreciana, no existe motivo concluyente para rechazar los asertos de San Jerónimo. Contrariamente a lo que se había venido afirmando, la tradición manuscrita de la Crónica de Eusebio puede darse por unánime en este punto¹. Si el poeta nació en 94 a. de J. C., y murió a los 43 años cumplidos,

¹ Importa exponer la situación con algún detalle, porque se ha producido aquí una confusión que resiste tenazmente en los autores. Los manuscritos más autorizados de la Crónica (entre ellos el más antiguo y mejor, *O/xoniensis*) del siglo v) sitúan el nacimiento de Lucrecio en el año 1923 de Abraham, 5.º del reinado de Tolomeo Alejandro, olimpiada 171,3 = 94 a. de J. C. Hay, empero, una excepción: el códice *A(mandinus)*, del siglo viii, lo data dos años antes: 1921 de Abraham, 3.º de Alejandro, olimpiada 171,1 = 96 a. J. C. Pero esta discrepancia carece de significación y se explica por razones puramente materiales: habiendo quedado un blanco en la parte superior de la columna central de la tabla en la que se apuntan las noticias, el copista de *A* corrió hacia arriba, no sólo la nota referente a Lucrecio, sino también las tres anteriores, pasando incluso las dos primeras a una olimpiada distinta. Es un fenómeno frecuente, dada la disposición tabular de la Crónica. Que aquí se trata de un simple accidente, y no de una tradición distinta, lo demuestra no sólo el hecho de afectar la alteración a cuatro anotaciones, de las cuales dos son de Eusebio y no de San Jerónimo, y cuya cronología es indudable

INTRODUCCIÓN

su muerte debe situarse en el 51 ó, lo más tarde, en el 50.

Ahora bien, este resultado está en contradicción con otro testimonio que acerca de la muerte de Lucrecio nos ha legado la Antigüedad. En la Vida de Virgilio atribuida a Donato y basada también, según consenso general de los eruditos, en Suetonio, leemos lo siguiente: *Initia aetatis Cremonae egit (Uergilius) usque ad uirilem togam, quam XVII anno natali suo accepit illis consulibus iterum duobus quibus erat natus; euenitque ut eo ipso die Lucretius poeta decederet.* Veamos el valor que en sí mismo posee esta información y hasta qué punto es justificado usarla para corregir a San Jerónimo.

Observemos, en primer lugar, que si Virgilio nació durante el primer consulado de Pompeyo y Craso, en el año 70 a. de J. C. (la misma noticia encontramos en la *Vita* de Probo y en las adiciones de San Jerónimo a la Crónica de

en otras dos, sino también el testimonio de los códices *P* y *N*, hermanos de *A* y como éste derivados de *S* (*Floriacensis* del siglo v), conservado sólo en fragmentos. El manuscrito *L(ucensis)*, del s. viii, que normalmente sólo precisa con exactitud las olimpiadas, devuelve también a la olimpiada 171 las dos anotaciones que *A* sitúa en la 170. El error de *A* parece (según *DIELS*) que pasó a *F(reherianus)*; es éste un códice inferior, del s. ix, poco de fiar en su cronología y que *HELM* apenas tuvo en cuenta en su edición. La perturbación causada por este error en la biografía de Lucrecio se explica fácilmente: antes del descubrimiento de *O* en la Bodleyana, *A* pasaba por ser el más autorizado manuscrito de la Crónica, y fue tomado como base por *SCHÖNE* en su edición de 1866-75. *SCHÖNE* incurrió, por su cuenta, en una inexactitud que agravó aún las cosas, al dar como fecha de *A* el año 95 y no el 96; la anotación empieza, efectivamente, una línea antes del 95 y debe colocarse, por tanto, en el año anterior. Este último error pasó a la Historia de la Literatura de *SCHANZ*, y de allí se contagió a los tratadistas de Lucrecio. Véase *Die Chronik des Hieronymus*, ed. Helm, II, p. XXIV.

INTRODUCCIÓN

Eusebio), no podía tener 17 años cuando éstos fueron cónsules por segunda vez en el 55, sino sólo 15. Para dar coherencia interna a la noticia de Donato, hay que sacrificar, pues, o la edad que tenía Virgilio al asumir la toga viril, o la fecha en que tal acto ocurrió. En general, los editores de la *Vita Donati* adoptan la primera solución¹. Así, Lucrecio habría muerto el año 55. Conservando la lección manuscrita, nos resulta el año 53². La noticia de Donato es, pues, incoherente en cuanto a la vida de Virgilio; con relación a la de Lucrecio, posee un interés puramente marginal, pues se limita a señalar la curiosa coincidencia de que el primero tomara la toga viril el mismo día en que moría el segundo. Tal coincidencia parece sospechosa por demás. Viene, en efecto, después de la relación de los prodigios que rodearon el nacimiento de Virgilio, anunciadores de su gloria futura; no era un presagio menos elocuente el hecho de que el máximo poeta de Roma «entrara en el mundo» en el mismo momento en que desaparecía su gran predecesor. Resulta, pues, que de los tres datos contenidos en la frase de Donato, dos se contradicen y el tercero da la impresión de ser una fantasía, aceptada por

¹ La corrección XV por XVII fue hecha por REIFFERSCHIED, *C. Suetoni Tranquilli... reliquiae*, p. 55. Ha sido aceptada por BRUMMER en su edición de las *Vitae Vergilianae* (Teubner 1912), repetida en la edición teubneriana de Virgilio por W. IANELL (1930). Sin embargo, la edad normal de entrar en la mayor edad era los 17 años; aunque tampoco sea ésta una razón concluyente en favor de la cifra por los manuscritos. Cabe, en efecto, pensar que Donato (o Suetonio) la haya dado automáticamente, en razón de su misma normalidad, sin parar mientes en la contradicción incurrida.

² Obsérvese que este resultado coincide con el que arroja la lección del manuscrito A de la Crónica de Eusebio-Jerónimo; coincidencia que tuvo también su parte en afianzar la confusión explicada en la pág. X, nota.

INTRODUCCIÓN

su valor simbólico. No procede, por tanto, dar a su testimonio preferencia sobre el de San Jerónimo.

La autoridad que se ha concedido a la vida donaciana en el punto que nos ocupa, se explica por las elucubraciones a que ha dado lugar un tercer testimonio antiguo, que constituye la única referencia directa a Lucrecio hecha por un contemporáneo de éste. Es el conocido pasaje de una carta que Cicerón escribió a su hermano Quinto en febrero del 54¹: *Lucreti poemata, ut scribis, ita sunt: multis luminibus ingenii, multae tamen artis; sed cum ueneris—, uirum te putabo, si Sallusti Empedoclea legeris, hominem non putabo*. De él se desprende que los dos hermanos habían leído el poema de Lucrecio (o, para no introducir el menor elemento hipotético, versos de éste), junto con otro de análogo género compuesto por un tal Salustio, a primeros del año 54. Este hecho da visos de verosimilitud a la existencia de una relación personal entre Lucrecio y Cicerón, y hasta cierto punto viene a apoyar la afirmación que a este propósito hace San Jerónimo. Es realmente tentador suponer que el manuscrito original, fallecido ya Lucrecio, pasara a manos de Cicerón, y que éste y su hermano se comunicaran mutuamente las impresiones producidas por su lectura. Siendo la epístola de febrero del 54, vendría al dedillo poder situar la muerte de Lucrecio en el 55, año del segundo consulado de Pompeyo y Craso. Fijémonos, empero, en las premisas en que tal suposición descansaría. Por una parte, habría que aceptar una afirmación bastante problemática de San Jerónimo, la de que Cicerón «revisó» póstumamente el poema de Lucrecio, al tiempo que se rechazarían los datos concretos que da sobre el nacimiento y el óbito. Aquella

¹ Ad Quint. fr. II 9, 3.

INTRODUCCIÓN

afirmación debería entenderse, además, en un sentido arbitrariamente restrictivo, no tomando en cuenta la posibilidad de que Cicerón conociera el *De rerum natura* antes ya de la muerte de su autor. Pero si Cicerón se encargó de la corrección (o edición, como muchos entienden) póstuma del poema, lo más natural es suponer que ya en vida de Lucrecio sostuviera con éste relaciones literarias o de amistad, y que el poeta le diera alguna vez a conocer pasajes de la obra en que andaba ocupado; sabemos, en efecto, por un pasaje de Plinio el Joven¹ que el gran orador no regateaba estímulos a los poetas que acudían a consultarle. Es más, el uso del plural *poemata* hace pensar que Cicerón se refiere, no a la obra entera, sino a fragmentos de ella². A mayor abundamiento, el valor biográfico de la carta de Cicerón depende de que se haga decir a Donato que Virgilio tomó la toga viril a los 15 años, y no a los 17, como consta en todos los manuscritos.

Semejante andamiaje de hipótesis parece, realmente, excesivo. Lo más prudente es no leer en la carta de Cicerón más de lo que, en concreto, contiene: el asentimiento de Marco a un juicio emitido por Quinto acerca de unas composiciones de Lucrecio; no sabemos con exactitud cuáles ni con qué ocasión. La carta de Cicerón carece, pues, de valor para deter-

¹ PLIN. Epist. III 15: *M. Tullium mira benignitate poetarum ingenia fouisse.*

² F. H. SANDBACH (ClassRev. LIV ('40) 72 sigs.) hace hincapié en que el plural *poemata* no se usa para designar una obra entera, sino sólo pasajes sueltos, o en el sentido de «poesía» en contraposición a «prosa». Pero véase A. TRAGLIA, *Sulla formazione spirituale di Lucrezio*, Roma 1948, p. 162, nota 13; para este autor, la referencia en la epístola ciceroniana a los *Empedoclea* de Salustio hace pensar que en uno y otro caso se trata de obras enteras.

INTRODUCCIÓN

minar los hitos extremos de la vida de nuestro autor¹. Nos atendremos, por consiguiente, al testimonio de San Jerónimo y situaremos el fallecimiento de Lucrecio en 51 ó 50 a. de J. C.²

Pasemos ahora a las sensacionales informaciones contenidas en el texto jeronimiano sobre la vida de Lucrecio. Éste, se nos dice, fue atacado de locura intermitente a consecuencia de haber ingerido un filtro amoroso y se suicidó. Para verificar estos datos sólo disponemos de dos elementos de contraste, ambos de muy dudoso valor. Uno de ellos es la llamada *Uita Borgiana*: en 1894 J. Masson descubrió, en un ejemplar de la edición de Venecia de 1492, un prefacio manuscrito, debido a Girolamo Borgia, quien acaso lo tomara de su maestro Pontano, en el que se contenían algunos datos referentes a la biografía de Lucrecio³. La mayoría

¹ Hemos prescindido aquí de citar una tardía glosa de un codex Monacensis de fines del siglo IX: *Titus Lucretius poeta nascitur sub consulibus añ XXVII ante Virgilium*, publicada por USENER, RhM 22 (1867) 442 sigs. El glosador, que utilizaba un códice de la Crónica de Eusebio-Jerónimo semejante al A y que situaba el natalicio de Lucrecio en el año 96, debió hacer por sí mismo el cómputo partiendo del nacimiento de Virgilio en el año 70 (96-70, ambos inclusive = 27); nótese que sumando los 17 años que (según los manuscritos) tardó Virgilio en tomar la toga viril resultan los 44 dados por San Jerónimo. El extraño *sub consulibus* significa «durante la república», en contraposición a los emperadores. Véase GUNDERMANN, RhM 46 (1891) 489; DIELS, *T. Lucreti Cari De R. N.*, p. XLI. — Prescindo también de la *Uita Borgiana*, de la que seguidamente se habla.

² P. GRIMAL (REtLat. 35, 1957, 184-195) hace una sugestiva interpretación de las alusiones históricas contenidas en el proemio del libro I, que le lleva también a retrasar la muerte hasta el año 53 cuando menos.

³ J. MASSON dio a conocer el texto en Academy, 1155 (1894) 519, y defendió su autoridad en *New Details from Suetonius Life of Lucretius*, Journal of Philology 23 (1895) 220, y en su obra *Lucretius, Epicurean and Poet*, 1903, vol. II, p. 3-13.

INTRODUCCIÓN

de estos datos son, en realidad, ampliación arbitraria de los suministrados por San Jerónimo; los demás, o descansan en malentendidos¹, o están sacados de otras fuentes conocidas o son pura invención². La autenticidad de esta Vida fue puesta en tela de juicio desde su publicación³, siendo juzgada como una caprichosa construcción humanística, y aunque recientemente algunos han querido ver en ella restos de una tradición independiente quizá derivada de Probo⁴, no parece existir razón alguna para concederle beligerancia.

El segundo elemento de juicio es el unánime silencio de todos los autores antiguos sobre circunstancias tan notables de la vida de un poeta famoso. Los eruditos que se han dejado impresionar por este silencio, han explicado la leyenda transmitida por San Jerónimo como una invención de los adversarios de las doctrinas epicúreas, especialmente cristianos⁵. Sin embargo, el argumento *ex silentio*, de suyo siempre

¹ Así dice que la madre de Lucrecio había sido largo tiempo estéril (*matre diutius sterili*). La noticia se debe a una lectura defectuosa de un pasaje del *Liber medicinalis* de Sereno Sammónico (v. 606, ed. Baehrens): *hoc poterit magni quartus* (sc. *liber*) *monstrare Lucreti*. En la edición princeps se lee *partus* en lugar de *quartus*.

² Véase el texto y las fuentes de cada noticia en DIELS I, p. XLI.

³ Por WOLTJER en *Studia Lucretiana*, Mnemosyne 23 (1895) 221. La rechazaron también BRIEGER, BursiansJb. LXXXIX y MERRILL, Class-Rev. X, p. 19.

⁴ A. ROSTAGNI, *Ricerche di biografia lucreziana*, II, RFIC 67 ('39) 113; *La letteratura di Roma repubblicana ed Augustea*, 1939, p. 430. BAILEY, en su edición de 1947 (I, p. 2 sigs.) cree también que no puede descartarse del todo.

⁵ Así especialmente K. ZIEGLER, *Der Tod des Lucretius*, Hermes 71 ('36) 420-40. ZIEGLER sostiene que la leyenda surgió en el siglo IV: S. Jerónimo no pudo haberla tomado de Suetonio, pues en este caso la hubieran conocido también Lactancio y Arnobio.

INTRODUCCIÓN

peligroso, lo es sobre todo aquí, tratándose de una figura ante la que la Antigüedad entera ha adoptado una actitud tan extrañamente reticente. El único contraste posible es el examen interno de la tradición misma y su cotejo con el testimonio directo que nos queda de Lucrecio: su propio poema *De rerum natura*.

Que el poeta sufriera de una afección mental, prescindiendo ahora de todo intento de diagnóstico, es una noticia muy concreta a la que no podemos oponer ningún testimonio en contra, y que no hay motivo suficiente para creer inverosímil. Que la causa de la dolencia fuera la administración de un filtro de amor, ya no es cosa que merezca los mismos miramientos; esto no es una noticia, sino una interpretación que, como otras análogas corrientes en aquel tiempo¹, ostenta a la vez las marcas de la superstición y de la leyenda; es inútil, pues, insistir sobre ello. Ahora bien, ¿de qué clase de psicopatía fue víctima Lucrecio? ¿Una locura intermitente, análoga a la sufrida por el Tasso², en cuyos intervalos el poeta gozaba de una especie de lucidez potenciada, que le permitía reanudar una obra en el punto en que la había interrumpido sin la menor solución de continuidad? ¿O sólo un estado de persistente melancolía, agravada en fases de depre-

¹ Suetonio refiere una historia análoga de Calígula, envenenado por un filtro amoroso suministrado por su esposa Cesonia, Cal. 50; cf. también Juvenal, VI, 614-17. Véanse otros ejemplos en STAMPINI, *Il suicidio di Lucrezio*, Messina 1896, p. 27, sigs. Cf. MASSON, *Lucretius, epicurean and poet*, Londres 1907, I. p. 45 sigs.

² La comparación es de STAMPINI, quien en la obra antes citada defiende en todos sus puntos la tradición representada por S. Jerónimo, alterando sólo, en atención a una mayor verosimilitud, el orden de los hechos: el filtro hubiera provocado no la afección psicopática, sino la exaltación final que dio lugar al suicidio.

INTRODUCCIÓN

sión, que, unida a un carácter retraído y arisco, pudiera ser interpretada por el vulgo, siempre incomprensivo ante las rarezas del genio, de un modo malévolo o cuando menos desorbitado? También en este punto sería vano querer tomar resueltamente partido. Lo único que podemos decir es que la lectura del poema, sin excluir en lo más mínimo la posibilidad de una dolencia de origen orgánico (de tipo epiléptico, por ejemplo), sólo parece admitir la segunda alternativa. Se hace difícil creer, en todo caso, que una obra de tal aliento, en la que el riguroso trabajo intelectual no es menos de admirar que la irremite exaltación poética, fuera compuesta a saltos, en períodos de sanidad mental alternantes con otros de obnubilación completa. Si prescindimos de las rugosidades dejadas aquí y allá, y que una última revisión hubiera allanado, el poema entero parece, al contrario, escrito de un tirón, en un heroico estado de tensión de todas las facultades psíquicas, pero especialmente de las intelectuales: el plan es grandioso, el orden irreprochable, los argumentos se suceden con implacable rigor, y la compleja organización de los distintos libros revela una atención lúcida, despierta y minuciosa¹.

En cambio, a ningún lector del poema se le hará difícil imaginar a Lucrecio como un espíritu emocionalmente desequilibrado, obseso, mal ajustado con su mundo, lo que, sin pretender a la exactitud técnica, podríamos llamar un neurasténico². Aun descontando lo que en su actitud hay de simple fanatismo de escuela, de las páginas del *De rerum natura* emerge la imagen de un hombre violento en sus emocio-

¹ Cf. J. BAYET, *Études Lucretiennes*, Cahiers du Collège Philosophique, París 1948, p. 62 sigs.

² Así lo juzga ALFIERI, *Lucrezio*, Florencia 1929, p. 8.

INTRODUCCIÓN

nes y en sus creencias, de una vehemencia que choca extraordinariamente con la dulzura y serenidad del credo epicúreo; un alma atormentada, que pugna no tanto para convencer a los demás como para salvarse a sí misma, presa de angustia vital, pesimista, interiormente escindida¹.

Que un hombre mentalmente desequilibrado como el que creemos adivinar aquí, melancólico y torturado, pusiera término a su vida en una crisis de depresión, nada tiene de inverosímil, y lo prudente es, por tanto, aceptar sin más la escueta información de San Jerónimo². A pesar de la vehemente diatriba desarrollada en el libro III contra el temor a morir, Lucrecio aparece en muchos y reveladores pasajes como obsesionado por la idea de la muerte; su fin habría sido así un trágico ejemplo de aquel odio a la vida que, como dice el mismo poeta, es un producto del temor a perderla³.

* * *

En nuestro intento de reconstruir la biografía lucreciana, hemos operado hasta aquí sobre noticias concretas dejadas por la tradición antigua, más o menos seguras, más o menos

¹ Sobre la personalidad de Lucrecio: CONSTANT MARTHA, *Le poème de Lucrèce*, París 1869; SELLAR, *Roman Poets of the Republic*, Oxford 1881, p. 274 sigs.; J. MASSON, *Lucretius, Epicurean and Poet*, Londres 1907; OTTO REGENBOGEN, *Lukrez, seine Gestalt in seinem Gedicht*, Leipzig 1932; V. E. ALFIERI, *op. cit.*; O. TESCARI, *Lucretiana*, Turín 1935; MARC ROZELAAR, *Lucrez, Versuch einer Deutung*, Amsterdam 1943; A. TRAGLIA, *Sulla formazione spirituale di Lucrezio*, Roma 1948.

² Rechazan como legendaria la noticia del suicidio, basándose ante todo en el silencio de los demás autores, MUNRO, GIRI (*Il suicidio di Lucrezio*, 1895), ZIEGLER (art. citado en p. XVI, n. 5).

³ III 79-81.

INTRODUCCIÓN

contradictorias. En cuanto a las demás circunstancias de la vida de nuestro poeta, los antiguos nos dejan en una total obscuridad. ¿De dónde era Lucrecio y cuál su posición social?

Hasta comienzos de este siglo era tradicional interpretar el nombre del poeta como un indicio de su pertenencia a la noble estirpe de los *Lucretii*. Era ésta una de las grandes familias romanas, dividida en varias ramas, todas las cuales formaban parte de la *nobilitas* senatorial; una de ellas cuando menos, los *Lucretii Tricipitini*, era patricia. Pero el nombre es una base bien endeble para filiar a una persona. Podía llamarse Lucretius, lo mismo un miembro de la noble *gens* que un cliente o un liberto de la misma. El cognomen *Carus*, por su parte, no hace sino aumentar nuestra perplejidad. Empecemos por notar que este cognomen no está atestiguado (aparte de la Vita Borgiana, de la que ya hemos hablado) más que en las subscripciones de un códice (*Oblongus*) a los distintos libros del poema, y en las *Schedae Vindobonenses*. Los autores antiguos hablan sólo de Titus Lucretius, o Lucretius a secas. Pero dando por auténtico el cognomen, fiándonos en la autoridad del mejor de los códices conservados, no deja de ser inquietante que no lo hallemos usado por ningún Lucretius, ni antes ni después del poeta. F. Marx¹ observó que, antes del Imperio, no se tenían pruebas de que el cognomen *Carus* fuera llevado por ninguna de las familias de la nobleza romana, y que se encontraba, en cambio, en gente de baja extracción, clientes o libertos de origen céltico o celtibérico. Sospeché, pues, que acaso Lucrecio fue-

¹ Njbb. III (1899) 535. La tesis de MARX fue seguida por MEWALDT en su artículo en la Enciclopedia de Pauly-Wissowa, y desarrollado por EMIL ORTH en *Philologische Wochenschrift* LVI ('36) col. 261.

INTRODUCCIÓN

ra un liberto de la Galia Cisalpina, cliente o protegido de la aristocrática familia de los Memmios. Lo sugestivo de esta hipótesis consistía en emparejar a Lucrecio con Catulo y Virgilio, o sea, en situarlo entre los poetas que en el siglo I a. de J. C. descendieron a la capital desde el valle del Po. Pero la verdad es que la teoría carece de base. En los primeros tiempos del Imperio hallamos el cognomen Carus usado por personajes de elevada categoría¹, y nada nos impide creer que su introducción fuera más antigua².

Igualmente montada en el aire es la tesis de Guido Della Valle³, quien, partiendo de algunos datos epigráficos que atestiguan la presencia de *Lucretii* en Pompeya (en época posterior a la que nos interesa), y de la actividad desarrollada en la Campania por la escuela epicúrea (Filodemo en Herculano, Sirón en Nápoles), concluye que nuestro poeta debía de ser un «pequeño agricultor» de la comarca napolitana, que estudió con Filodemo y conoció a Cicerón y a Memmio, no en Roma, sino en la Campania.

La endeble armazón que sustenta éstas y parecidas hipótesis se derrumba ante la constatación de que Lucrecio habla siempre como un romano. No decimos un romano de nacimiento, para no extremar la impresión que dan los textos. La «patria» es, para él Roma⁴, y si no había nacido en la misma

¹ KLEBS, *Prosopographia Imperii Romani* J, 307.

² Las afirmaciones de MARX han sido contradichas por TENNEY FRANK en «Studies in Honour of Hermann Collitz» (1930) p. 63; *Life and Literature in the Roman Republic*, p. 230 (citado por BAILEY, I, p. 6).

³ Tito Lucrezio Caro e l'Epicureismo campano, Nápoles 1953.

⁴ I 41, *patriai tempore iniquo*; I 832 y III 260, *patrii sermonis egestas*; IV 970, *in patriis... chartis*; V 336-7, *hanc primus... repertus... sum in patrias qui possim uertere uoces*; VI 298, *patrio... nomine*.

INTRODUCCIÓN

urbe, estaba familiarizado con todos los aspectos de la vida en ésta¹. Sostenía, como hemos visto, relaciones con Cicerón. Era un hombre de extensa cultura, impuesto en las letras romanas no menos que en las griegas: conocía las obras de los comediógrafos latinos, era un admirador de Ennio, estaba al corriente de los trabajos poéticos de Cicerón (que sus contemporáneos contaban entre los mejores poetas del tiempo) y de las tendencias de los neotéricos; entre los griegos, y aparte de las obras de Epicuro y su escuela, le eran familiares Homero, Empédocles, Eurípides, Tucídides. Dedicó su obra a un Cayo Memmio, cuya identificación con el pretor que fue patrono de Catulo parece segura² y que, en todo caso, era un aristócrata, perteneciente a una familia del primer rango. Lucrecio se dirige a él en términos reveladores de una estrecha familiaridad; y si sería exagerado interpretar su franqueza como indicio de igualdad social, no lo es considerar esa desenvoltura de tono como incompatible con una desigualdad demasiado flagrante: la *sperata uoluptas suavis amicitiae*, la amistad de Memmio que Lucrecio espera ganar con sus versos, no es la benevolencia de un señor frente a su criado, sino aquella comunidad de doctrina y de fines en la que, según los epicúreos, consistía la auténtica amistad³.

Su obra, además, difícil de lenguaje y ardua de doctrina, no va dirigida al vulgo, al que desprecia⁴, sino a un público

¹ Maniobras militares en el Campo de Marte III 40-43; espectáculos teatrales, IV 75 sigs., 973 sigs., VI 109; obras de arte en la decoración de las casas, II 24, etc.

² P. BOYANCÉ, *Lucrece et son disciple*, REA LII ('50) 212 sigs.

³ Cf. E. BIGNONE, *L'Aristotele perduto e la formazione filosofica di Epicuro*, II, p. 298.

⁴ I 945, *uolguis abhorret ab hac* (la doctrina); II 622, *impia pectora uolgi*.

INTRODUCCIÓN

refinado, a aquella aristocracia social e intelectual, nutrida de helenismo, capaz de admirar y apreciar la tremenda osadía de exponer en versos latinos « los oscuros hallazgos de los griegos ». Todo nos lleva a suponer, pues, que Lucrecio no era un hombre de baja extracción, y que, aún en el caso de ser oriundo de una provincia (cosa que nada nos fuerza a suponer), o nació en Roma o residió en ella desde muy temprano.